

FILMS DE AMOR

El jorobado de Ntra. Sra. de Paris



NÚM.
157

25
CTS.

Lon Chaney - Patsy Ruth Miller

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 157

El Jorobado de Nuestra Señora de París

Narración literaria en forma de novela
de la película del mismo, título inspi-
rada en la famosa obra del mismo
nombre, del inmortal autor

VICTOR HUGO

Admirable creación del malogrado

LON CHANEY

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Director General:

NORMAN J. CINNAMOND

Valencia, 233

Barcelona

REPARTO

| | |
|---------------------------------|-------------------|
| Cuasimodo | LON CHANEY |
| Esmeralda | Patsy Ruth Miller |
| Phœbus de Chateaupers | Norman Kerry |

ARGUMENTO DE DICHAPÉLÍCULA

N. de la E.—Tarea imposible sería el querer transportar a las breves páginas de que consta esta novela, toda la magna obra, que con este título, produjo la inspiración del inmortal Víctor Hugo. Pero prescindiendo de la flamante literatura del autor, nos proponemos transcribir los hechos más salientes de EL JOROBADO DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS, de forma que sin quitarle el más mínimo interés al texto original, pueda el lector conocer perfectamente el argumento de la película, basada en la obra que hizo inmortal a una de las glorias de la literatura francesa.

PRIMERA PARTE

Imponente, con ese encantamiento misterioso que siempre producen los grandes templos, alzabase ya, en tiempos pasados, Nuestra Señora de París, la iglesia Catedral, refugio espiritual de una época brutal y santuario donde los perseguidos por la justicia encontraban protección.

Era en la amplia plaza que da acceso al templo donde el pueblo solía reunirse para celebrar sus fiestas, olvidándose por algunos momentos de la tiranía y esclavitud en que lo tenía sumido el absolutismo de Su Majestad Católica, Luis XI, uno de los reyes más déspotas con los que cuenta la historia de Francia.

Diez años antes de que Colón descubriera América, se cobijaba dentro del sagrado monumento una criatura, a quien París entero le daba el nombre de "El Jorobado de Nuestra Señora", olvidando su verdadero nombre de Cuasimodo. Sordo, medio ciego, separado de los demás hombres por sus deformidades, eran las campanas del templo las únicas voces de su tenebroso espíritu y sus únicos compañeros. Para el pueblo, era él

un fenómeno inhumano, una broma monstruosa de la Naturaleza, y a cambio de estas mofas, el Jorobado daba el desprecio y un odio profundo y amargo, expresado con sus continuos salivazos.

Era la fiesta de los Inocentes, y la multitud apiñada en la plaza, ante la Catedral, daba rienda suelta a su alegría, prorrumpiendo en gritos y bailando desaforadamente.

Cuando mayor era la algarabía y el regocijo popular, acertó a pasar por allí la carroza real, y su presencia trajo a la mente de los reunidos el recuerdo de su bárbara justicia, advirtiéndose en los ademanes y frases el odio que el pueblo sentía hacia su soberano, quien, llamando a uno de sus favoritos, le dijo:

—No me agrada esta alegría. Representa una falta de respeto a Dios y al Rey. Procura que no goce de esta manera el pueblo.

El favorito inclinó la cabeza respetuosamente; pero no se atrevió a decir nada a la gente del pueblo, al ver que con ellos se hallaba Clopin. Y es que París tenía en aquella época dos reyes, uno de ellos Luis XI, que ceñía sobre su cabeza la corona de Francia, y el otro, Clopin, rey sin corona, pero soberano de los mendigos y enemigo acérrimo de los reyes y de cuanto fuera nobleza.

La Catedral también servía de albergue a Don Claude, el santo arcediano de Nuestra Señora, y a su hermano, Jehan,, quien había colgado los hábitos, por preferir vestiduras más mundanas.

Caracteres, completamente opuestos, parecía imposible que aquellos dos hombres pudieran vivir bajo un mismo techo, pues la bondad y santidad del Arcediano, tenía por contraste la perversidad, el odio y la ambición de su hermano Jehan.

Los gritos de protesta que causaron la presencia del Rey fueron acallados con la aparición del Arcediano, ante cuya bondad se inclinaba el propio Clopin.

La envidia que en el alma de Jehan había engendrado el poder que su hermano ejercía sobre todos sus semejantes, le hicieron acercarse al rey de los mendigos y decirle burlonamente.

—¿También tú agachas la cabeza ante mi reverendo hermano?

—Es ante quien únicamente la bajo — respondió Clopin.

—No tardarás entonces — volvió a decirle el hermano del religioso — en bajarla también ante el Rey.

Clopin lanzó una mirada en la que podía adivinarse todo el odio que encerraba su pecho, y exclamó amenazador:

—Nuestro día se acerca, y entonces no agacharemos la cabeza ante hombre alguno.

—Cuenta conmigo para ese día — le dijo de nuevo Jehan —. Ya sabes que yo también odio a los poderosos tanto o más que tú.

La fiesta continuó toda la noche, cuando apareció Cuasimodo, mirando a todos con aspecto idiota, y Jehan, acercándose a Clopin, le dijo:

—Ese fenómeno es mi esclavo... Nos ha de servir para mucho.

Un grito ensordecedor acallaron las palabras de Jehan. Los mendigos vitoreaban a una joven de singular hermosura, que había hecho su aparición en la plaza, y de todos los pechos salía el mismo grito:

—¡Que baile Esmeralda!

Esmeralda, la joven que tanta influencia ejercía sobre aquellos seres, era hija del misterio. Nadie sabía dónde había nacido, y únicamente se decía que Clopin la había comprado a unos gitanos y criado como hija suya, ante quien únicamente se enternecía el fiero corazón del rey de los mendigos.

Jehan al verla, no pudo reprimir un gesto de admiración. Desde hacía tiempo sentía por ella una pasión violenta, un deseo implacable de posesión, cada vez más acentuado al ser rechazado por la joven, pero el miedo que sentía hacia Clopin le obligaba

a disimular ante él sus perversos pensamientos.

En medio de aquel griterío infernal, Esmeralda se puso a bailar una especie de zambra gitana, coreada por todos los presentes, hasta que una voz se alzó gritando:

—¡Hay que nombrar un rey, un rey de los tontos!

Todos señalaron a Cuasimodo, al que vistieron, sin que él opusiese ninguna resistencia, un traje estrafalario, y lo coronaron con una corona de cartón.

Esto dió lugar a nuevas mofas y burlas, a las que el Jorobado se contentaba con contestar escupiendo por sus pronunciadas muelas, como signo del desprecio que sentía hacia todos.

En el reloj de la Catedral dieron las ocho de la noche y la multitud fué alejándose de la plaza, para ocupar cada uno su sitio acostumbrado, donde solían acudir en demanda de la caridad pública.

Entre el gentío de la plaza había también un hombre que no pertenecía a la Corte de los Milagros, o sea al reino de Clopin. Era éste el poeta Gringoire, un pobre diablo a quienes sus versos no le daban otra cosa que un hambre inamortiguable. También en él la belleza de Esmeralda había producido su efecto, y al verla alejarse pensó en seguirla, para averiguar dónde vivía.

SEGUNDA PARTE

Con el ruido producido por la alegre muchedumbre todavía retumbando en sus oídos, el rey Luis XI trató de encontrar la paz en su morada favorita, el fuerte de la Bastilla. Llamó allí al jefe de su guardia y le ordenó:

—Mándame aquí a ese joven granuja, Phoebus de Chateaupers.

Salió el jefe y poco después apareció Phoebus, haciendo una elegante reverencia ante el monarca. Su porte distinguido, su varonil prestancia y la simpatía que irradiaba de su semblante terminaron por granjear por completo la gracia de Luis XI, que le dijo:

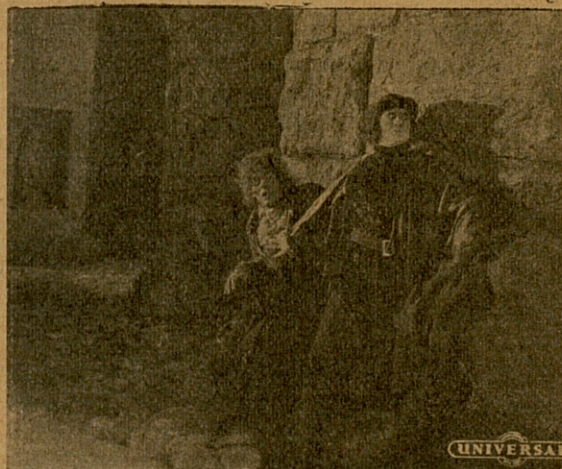
—Ya sé que eres un valiente y un leal servidor de mi real persona.

—Cumpló únicamente con el deber que me impone mi conciencia, Majestad — exclamó Phoebus.

—Yo también quiero cumplir con la mía — le respondió el Rey —. Quiero recompensar tus servicios y tu lealtad y te nombro capitán de mi guardia.

—Gracias, señor — contestó Phoebus.

El Rey hizo un ademán de despedida, y el valiente capitán salió de la estancia real, pa-



...dos hombres que se lanzaron sobre la joven

ra correr a casa de su prometida, una dama de la aristocracia y darle cuenta de la feliz nueva.

Gingoire continuaba la persecución de Esmeralda, sin poder sospechar los acontecimientos que se le preparaban en aquella inolvidable noche. De pronto vió salir de una calleja completamente oscura, a dos hombres que se lanzaron sobre la infortunada joven. Uno de ellos era fácil de distinguir, su aspecto deforme, su joroba y el balanceo

de su cuerpo al andar, delataban claramente al Jorobado de Nuestra Dama de París. El otro también pudo ser reconocido por Gringoire; era Jhean, el hermano del Arcediano, que conocía las calles por donde pasaba Esmeralda y quería poseerla aquella noche tan llena de misterios.

Gringoire, al ver atacada de aquella forma a la indefensa joven, empezó a gritar:

—¡Venga aquí la ronda!... ¡Venga la ronda!...

Cuasimodo le dió un tremendo empujón para que callara, y el poeta cayó contra el suelo, pensando que se le habían roto todas las costillas. Hecho esto, tomó a la muchacha en sus brazos y echó a andar, seguido de su cómplice. Pero antes que pudieran andar dos metros, apareció una voz de trueno gritando:

—¡Alto ahí, miserables!... ¡Dejadme a esa mujer!...

Era el capitán Phoebus, armado de punta en blanco y con la tizona en la mano. Arrancó a Esmeralda de los brazos de Cuasimodo y la subió a la grupa de su caballo. Cuando el Jorobado quiso recuperar nuevamente su presa, una veintena de soldados se precipitaron sobre él, sujetándolo. Cuasimodo, al verse prendido, rugía, echaba espumarajos por la boca, repartía mordiscos y segura-

mente que con su horrible rostro, que la cólera ponía aún más horrible, hubiera sido suficiente para asustar a los soldados, si en vez de noche oscura, hubiera sido de día y hubieran podido verle.

Durante la lucha su acompañante procuró evadirse, dejando al pobre monstruo sin ayuda ninguna.

—¡Amarrad a ese malvado! — gritó el capitán, mientras que Esmeralda no apartaba la vista de su salvador, a quien preguntó finalmente:

—¿Cómo os llamáis?

—Phoebus de Chateaupers, para servirlos, hermosa — respondió él.

—Gracias — contestó la muchacha, para quien la apuesta figura del soldado venía a ser la encarnación del príncipe encantado de sus sueños.

Phoebus, apreciando también en lo mucho que valía la belleza de su protegida, le dijo sonriendo:

—No es seguro para una muchacha tan bonita, el estar sola a estas horas fuera de su casa.

Esmeralda volvió a acariciarlo con el brillo de sus ojos encantadores y como queriendo expresar toda la admiración que sentía hacia él, le respondió:

—Ya no tengo miedo... "ahora".

Sin que ella opusiera la menor resistencia, Phoebus la condujo hasta la posada de "La Manzana de Eva". Ya en la puerta, Esmeralda se detuvo, indecisa de entrar, y el capitán la decidió favorablemente, diciéndole:

—¡Una cena ligera, un trago de vino, antes de marcharnos!... ¿Acepta?

Y Esmeralda, cada vez más cegada por aquel hombre, lo siguió hasta el interior de la posada.

Para Phoebus todo aquello no era más que una nueva aventura entre las muchas que podía contar; pero para Esmeralda, al verse cortejada por él, era la realización de un sueño dorado.

—¡Sois admirablemente hermosa! — le dijo el capitán acercándose a ella —. Vuestra hermosura sería suficiente para deslumbrar a cualquier hombre.

Esmeralda agradeció con una ligera sonrisa la galantería del soldado, y con toda la ingenuidad de su alma exclamó:

—¿Entonces es verdad, lo que el adivino me dijo?

—¿Qué os dijo el adivino? — preguntó interesado, cada vez más por ella.

—Que sería cortejada por un noble capitán de la guardia.

Phoebus no pudo menos que sonreír ante la ingenuidad de la muchacha, y ésta seña-

lando el amuleto que pendía de su cuello, le explicó su procedencia diciéndole:

—Era muy niña cuando mi madre me la puso al cuello, y casi lo recuerdo como si fuera un sueño; pero yo sé que mientras la lleve puesta, ningún mal puede sucederme.

Era tan suave, tan dulce la voz de Esmeralda, expresaban sus ojos tanta bondad y su belleza era tanta, que al cabo de un rato el capitán se convenció que aquella muchacha había hecho latir, por primera vez en su vida, al impulso de un verdadero amor, su corazón de eterno galanteador. Ya no consideró aquel encuentro como una aventura cualquiera, sino como una suerte que le había deparado la fortuna de encontrar a la mujer con la que estaba dispuesto a compartir su vida.

Y momentos después, cuando Phoebus abandonó a Esmeralda en la puerta de su casa, un beso de infinito amor selló el juramento de los dos jóvenes de volver a verse el día siguiente.

Entre tanto, Grigoire, repuesto del golpe recibido, continuó su marcha internándose por aquellas misteriosas calles desconocidas para él. Todo aquel recinto era "La Corte de los Milagros", el barrio de los ladrones, una mancha depravada en el visaje de París, una cloaca de la que escapaban cada ma-

ñana y a la que volvían cada noche, la corriente de vicio y de vagancia que inundaba París. Le llamaban "La Corte de los Milagros" porque allí los cojos andaban, los ciegos veían y los leprosos limpiaban sus llagas. Y era allí donde Clopin tenía su reinado y donde sobre el rey mandaba Esmeralda. Para el ciudadano que vagaba por los alrededores de este recinto, era una exposición el caer en poder de ellos, y Gringoire fué a meterse precisamente en la boca del lobo. Pronto fué descubierta su presencia y conducido, como espía, a presencia de Clopin, que le preguntó:

—¿Quién eres?

—Nada más que un poeta, un cantor de dulces baladas... de nombre Gringoire.

Clopin se volvió hacia algunos hombres de su calaña y les preguntó:

—¿Qué hacemos con este poeta?

—¡Colgarlo!... ¡Colgarlo! — exclamaron a coro varias voces —. ¡Eso es lo que hacen con nosotros los aristócratas!

—Pero, pensad, amigos míos — exclamó el poeta muerto de miedo — que yo no soy ningún aristócrata, ni mucho menos.

—¡Colgarlo!... ¡Colgarlo! — volvieron a decir los súbditos de La Corte de los Milagros.

Inútilmente opuso Gringoire toda la resis-

tencia que su suspicacia le inspiró, y ya estaba a punto de entregar su alma a Dios, cuando apareció Esmeralda, que abriéndose paso entre los hampones, les dijo:

—¿Acaso tenéis todavía poca miseria que queréis aumentarla?... ¿Qué os ha hecho este pobre hombre?

Gringoire bendijo al cielo y a aquella joven, que tan oportunamente venía en su ayuda, y Esmeralda, sin darse cuenta de la mirada de infinita gratitud que le dirigía el poeta, siguió ordenando a los mendigos:

—¡Descolgarlo!... ¡Lo mando yo!

Como un solo hombre obedecieron todos y Gringoire se vió libre del poder de aquellos seres y huyó de aquellos lugares, no sin antes haberle prometido a su bella salvadora eterna gratitud.

TERCERA PARTE

El Jorobado, por intentar el secuestro, probó por primera vez la justicia del Rey. Pero el juez que había de juzgarlo, para desgracia de Cuasimodo, era tan sordo como él, pero demasiado orgulloso para admitir este defecto de su persona.

Después de preguntarle varias veces su

crimen, sin que ninguno de los dos pudieran oír sus preguntas y respuestas, el juez volvió a decirle:

—Por tercera vez, villano: ¿por qué traste de robar a la doncella?

—Es verdad, señor, he nacido así — le respondió el Jorobado, creyendo que le preguntaba por su deformidad.

—¿Así es que tienes veinticuatro años? — le preguntó de nuevo el juez.

El Jorobado le contestó otra cosa completamente diferente a lo que le preguntaba, y el administrador de la justicia, indignado, exclamó:

—¿Qué es lo que has dicho, rana? ¡Yo te enseñaré a no insultar la dignidad de la justicia!

El secretario, que veía mal parado al delincuente, se acercó al juez y le dijo:

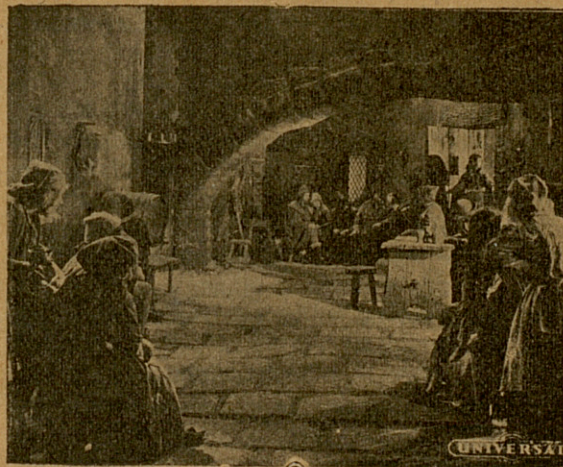
—Excelencia, el acusado es sordo.

Tampoco oyó esto y respondió cada vez más indignado:

—¡Ah! ¿Lo hizo? Pues por eso veinte latigazos más!

Y una vez más tuvo que sufrir un esclavo por el crimen cometido por su amo.

Aquella misma tarde, los soldados que habían en la plaza de la Greve eran impotentes para detener al populacho que se apretuja-



"La Corte de los Milagros"

ba para presenciar el suplicio del pobre Jorobado.

La picota de la Greve consistía en una gran rueda de piedra semejante a la de un molino, en cuyo centro se alzaba un madero. El reo era atado a éste, y mientras la piedra daba vuelta, el verdugo cumplía la sentencia dictada.

Llegó por fin Cuasimodo, atado a la traseña de una carreta, y cuando lo subieron a la picota el público prorrumpió en una ho-

rrorosa carcajada al reconocer a Cuasimodo. El mismo a quien el día anterior habían coronado como rey de los tontos, hoy era llevado para ser el escarnio del pueblo. No había nadie en aquella multitud que sintiese un poco de piedad para el desgraciado reo, a quien todos creían un embrujado. El reo se dejó atar sin proferir la menor queja al sentir que las correas le entraban en las carnes, y se dejó llevar dócilmente a la picota, sin que todavía pudiera darse cuenta de lo que pensaban hacer con él. Pusiéronle de rodillas sobre la plancha circular y de este modo le despojaron de la camisa y de la ropilla, hasta la cintura, le amarraron con un nuevo sistema de correas y de hebillas, y sólo de vez en cuando daba un ruidoso resoplido, como un becerro cuya cabeza pende y se bambolea fuera de la carreta del carnicero.

Una exclamación de espanto, de indignación, de burla, de todo mezclado, al mismo tiempo, fué en lo que prorrumpió la multitud al ver la espalda, el pecho y los hombros de Cuasimodo, llenos de vellos canosos. Por fin el verdugo dió una patada y la rueda empezó a girar, levantó el brazo armado de finas correas y éstas silbaron en el aire como un puñado de culebras, y cayeron con furia sobre la espalda del desgraciado. Saltó Cua-

simodo sobre sí mismo, como si acabara de despertar de su inconsciencia, y el atormentador siguió descargando sus golpes sobre él, hasta que las correas chorrearon sangre.

Después de ejecutado este terrible castigo, el ajusticiado quedaba atado a la picota para ejemplo, y el populacho allí reunido no dejaba de vituperar al desgraciado, que paseaba su mirada por todos, sin poder comprender que existieran tantas almas cerradas a la piedad. De su boca salían verdosos espumarajos, y mientras que los demás le gritaban, exclamó suplicante:

—¡Agua!... ¡Dadme agua!

Esta exclamación de angustia, en vez de excitar la compasión de los que le rodeaban, hizo aumentar el encono que toda aquella gente sentía hacia él, y el Jorobado volvió a pedir angustiosamente por segunda vez:

—¡Agua!... ¡Agua, tengo sed!

En aquel momento se abrió la multitud y dió paso a una joven. Centelleó el ojo de Cuasimodo. Aquella mujer era la misma que intentó robar la noche antes, por la que comprendía que le castigaban. La cólera y el despecho le sofocaban; hubiera querido poder derrumbar la picota, y si el relámpago de su ojo hubiera podido abrasar, Esmeralda hubiera quedado hecha cenizas, antes de acercarse al tablado.

Se aproximó ésta al paciente, que forcejeaba para impedir su venganza, y desatando una calabaza que llevaba en la cintura, le acercó con dulzura a los labios de Cuasimodo. Entonces en aquel ojo tan seco y tan abrasado hasta este instante, vióse rodar una gruesa lágrima, que cayó lentamente a lo largo de su rostro deforme. Aquella era quizás, la primera lágrima que el infeliz había derramado en toda su vida.

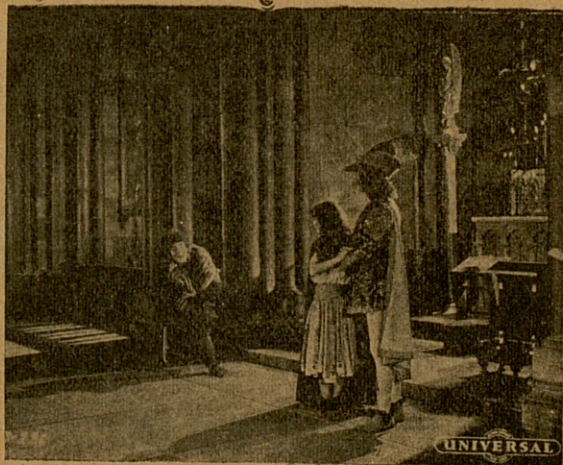
Cuando acabó de beber el Jorobado, alargó sus labios para besar la hermosa mano que acudió a socorrerle, pero la joven, que acaso desconfiaba de él, acordándose de la noche anterior, la retiró asustada como un niño que teme que le muerda una víbora, y el pobre sordo fijó en ella una mirada de dolor, de indecible ternura.

CUARTA PARTE

Para celebrar el honor conferido por el Rey al capitán Phoebus, Madame de Gondelaurie, tía de la antigua prometida del capitán, dió un baile, al que aquél quiso que asistiera Esmeralda.

Fué a encontrarla y le dijo:

—Bien mío, esta noche tiene lugar el bai-



y en la penumbra del atardecer...

le en honor de mi ascenso a capitán... ¿Asistirás a él como me prometiste?

—Es imposible, Phoebus — respondió melancólicamente la muchacha —. ¿Cómo quieres que vaya con mi ropa?

—Yo he previsto eso y te tengo preparado un vestido de gran dama de la corte.

—¿Y no temes que se enfaden tus amigos, al verte conmigo? — preguntó nuevamente la joven.

—Nada me importan ellos — exclamó con

vehemencia el capitán —. Tú, solamente tú, eres mi vida entera.

Y en la penumbra del atardecer, un beso sonó en el espacio como oración de dos almas que se amaban infinitamente.

Sin embargo, los amores del capitán y de Esmeralda fueron bien pronto descubiertos por Jhean, y pensó en la forma de vengarse de aquel hombre que venía a robarle el tesoro que tan ardientemente deseaba. Expiaba todos los pasos de la joven, y al verla marchar con el soldado, corrió en busca de Clopin, a quien le dijo:

—Un aristócrata se ha llevado a nuestra Esmeralda.

Todo el odio que Clopin sentía hacia los poderosos se desató ante aquella noticia, y llamando a su gente les dijo:

—¡Tenemos que ir a salvar a nuestra Esmeralda!... ¡Vamos por ella!

Corrieron en busca de Phoebus, y mientras que los hampones intentaban derrumbar la puerta tras de la cual se ocultaban los dos enamorados, Jhean esperaba tranquilamente la ocasión de poder asesinar al capitán. Ante los gritos de los asaltantes, salió el capitán, y Clopin se encaró con él diciéndole:

—¿Cree usted que puede llevarse a nuestra Esmeralda para convertirla en su juguete?

—Pero le aseguro que yo la amo — contestó el capitán.

Esmeralda intervino reconciliadora, pero los hampones no se avenían, y ella viendo mal parado el pleito para el hombre que amaba, decidió salvarlo, aun a costa de su felicidad.

—No es necesario que hagáis nada — les dijo —, yo me voy con vosotros.

—¿Me dejas? — suplicó atónito el capitán.

—Sí — respondió Esmeralda —. Mi deber es irme con mi gente... Aquí estoy fuera de lugar.

Pero al día siguiente, Esmeralda, encerrada en la Catedral, pretendía mitigar sus penas con el alivio de la oración.

Entre tanto, Gringoire se presentaba en casa del capitán y le entregaba una carta de Esmeralda.

Phoebus abrió impaciente el papel y leyó su contenido que decía:

“Si el capitán Phoebus de Chateaupers no ha olvidado sus juramentos de amor y quiere mitigar los sufrimientos de un corazón moribundo la víspera de un último adiós a la vida mundana, no deje de ir a Nuestra Señora a la hora del Angelus.

Esmeralda.

—¿Eres amigo de Esmeralda — le preguntó el capitán al poeta.

—Ella me salvó la vida en La Corte de los Milagros — respondió Gringoire.

—Y tú me has salvado también la mía trayéndome este mensaje — exclamó el capitán, abrazándolo.

A la hora indicada acudió el capitán a la cita que le daba su amada y la encontró en el sitio designado. Para él, después de creerla perdida, apareció Esmeralda más hermosa, más angelical, más divinamente deliciosa que nunca. La estrechó entre sus brazos y le dijo:

—Me has llamado, y ya ves cómo mi corazón no deja de acudir siempre que lo necesitas. ¿Dime qué quieres?

—¡Phoebus! — respondió ella sin apartarse del abrazo en que la tenía —, era absolutamente para verte y decirte una vez más adiós.

—No puede ser, Esmeralda—protestó él. Nuestro amor tiene que sobreponerse a todo.

—Imposible — respondió la joven —. He decidido encerrar mi vida en este claustro.

—Pero mi amor tendrá fuerzas suficientes para arrancarte de aquí — exclamó apasionadamente el capitán.

—Corazón mío — repitió ella —. ¿No ves que es imposible? Tengo que dejarte por

ellos, por tu futuro... hasta por tu propia vida...

Y mientras los enamorados se entregaban al dolor de aquella despedida, otro ser espiaba a la amante pareja. Era el hermano del Arcediano, que oculto contemplaba toda la escena, mientras que su mano acariciaba febrilmente el puño de un finísimo puñal. Aprovechó el momento en que el capitán estaba de espalda cerca de él, para llevar a cabo su propósito hundiendo el arma en el cuerpo de Phoebus que cayó desplomado a tierra.

Media hora después el cuerpo del capitán era recogida por los soldados a quienes había llamado el mismo Jhean y conducido a su casa gravemente herido, mientras que Esmeralda era presa como culpable de aquel asesinato.

QUINTA PARTE

Otra vez la justicia del Rey tenía que actuar sobre un inocente. Los magistrados de aquella época, influenciados por el poder de la superchería, sentenciaban generalmente, basándose más en estas ideas que en la verdadera justicia.

El juez, después de hablar quedamente con algunos que se hallaban a su lado, preguntó a Esmeralda:

—¿Insistes en negar los hechos de que se te acusa?

—¡Naturalmente que lo niego! ¿Cómo podía yo hacerlo? ¡Yo amo al capitán más que a mi vida!

El juez, ante la insistente negativa de la pobre muchacha, ordenó a uno de los verdugos:

—¡Aplicarle la tortura!

En seguida vió Esmeralda, al través de la nube que obscurecía su vista, acercarse el horrible "borceguí", y pronto vió su pie desaparecer dentro de aquel espantoso aparato. El verdugo dió la vuelta al tornillo y

la infeliz Esmeralda lanzó un grito de dolor, a la vez que era nuevamente preguntada:

—¿Confiesas?

—¡Todo! — gritó la muchacha —. ¡Todo lo confieso, pero perdonadme!

—La humanidad me obliga a decirte — terminó diciendo el juez — que esa declaración te conduce a la muerte.

Y la pobre inocente fué encerrada en una mazmorra para esperar el momento de la terrible sentencia.

En las noches de delirio, cuando la fiebre enturbiaba el cerebro del capitán Phoebus, no pensaba más que en si sería o no cierta la acusación lanzada contra Esmeralda, como causante de su herida, y aunque todas las apariencias, la condenaban, su amante corazón rechazaba obstinadamente tan terrible acusación.

La venganza de Jhean no se hallaba todavía satisfecha. Había errado el golpe mortal y quería infiltrar en el alma del capitán la desconfianza hacia Esmeralda. Para ello presentóse en casa del soldado y le dijo:

—La muchacha que hirió a usted ha confesado su crimen y ha sido condenada a muerte.

—¡Eso no es posible! — protestó enérgicamente Phoebus —. Ella no ha podido ser la causante de mi herida.

Mas a pesar de su amor, las palabras del hermano del Arcediano no dejaron de influir en el ánimo del enamorado capitán.

Aprovechando los hábitos de su hermano y disfrazado con ellos, Jhean consiguió penetrar hasta donde estaba Esmeralda, quien al verlo, exclamó:

—¡Usted con los hábitos de la Iglesia!

—Solamente con estos hábitos podría pasar la guardia de la prisión, para salvarte. ¡Pronto, vente conmigo! — le dijo Jhean.

—¡Prefiero morir! — respondió enérgicamente la muchacha.

—¡Oh, Esmeralda, ten compasión de mí! ¡Todo lo que he hecho ha sido por amor a ti!

Esmeralda se separó horrorizada de él, a la vez que le decía:

—¡Asesino, vete, déjame morir en paz!

—¡Bueno, pues entonces, muere! — terminó diciendo Jhean, y salió de donde estaba Esmeralda encerrada.

Repentinamente la fecha de ejecución de Esmeralda fué secretamente adelantada, y el Jorobado recibió la orden de doblar las campanas. ¡El pobre no sabía por qué alma doblaba. Se abalanzó sobre la campana grande y al impulso de su cuerpo deforme, el sonido vibrante del metal retumbó en el espacio de todo París. Cuando la campana grande doblaba así, se sabía que algún prisione-



Pero los hampones no podían...

ro estaba camino de la ejecución y quien aquel día iba a ser ejecutado, ante las puertas de la catedral, era la inocente Esmeralda.

Amarrada sobre la trasera de una carreta Esmeralda, rodeada de soldados y de ese público siempre ávido de contemplar estos espeluznantes acontecimientos, era conducida al lugar donde se levantaba el cadalso.

Nadie se había fijado en que Cuasimodo rondaba por allí, pero, de repente, en el instante de que los criados del verdugo se pre-

paraban a ejecutar la sentencia, el Jorobado corrió hacia ellos, con la celeridad del gato que cae de un tejado, los derribó al suelo con la enorme fuerza de sus puños y cogiendo a Esmeralda en sus brazos corrió hacia la Catedral gritando:

—¡Asilo! ¡Asilo!

Y la justicia tuvo que detenerse ante las puertas inviolables del templo.

El Jorobado empezaba a pagar de aquella forma la deuda de gratitud que había contraído con Esmeralda.

Pero los hampones no podían, ni querían perder a su Esmeralda y, para rescatarla, no dudaron en arremeter contra la soldadesca, que les impedía la entrada a la Catedral.

Phoebus, restablecido por completo de su herida, fué avisado de la sublevación y del motivo de ésta.

—¡Esmeralda!... ¡Esmeralda viva! — exclamó alegremente el capitán.

Y pensando solamente en salvarla, convencido de su inocencia, corrió hacia Nuestra Señora de París.

Pero antes que él, había llegado hasta donde el Jorobado la tenía escondida, el hermano del Arcediano. Poseído por su odioso deseo se apoderó de la joven, al verla sola, y le dijo:

—¡Ahora eres mía!



Esmeralda fué feliz.

—¡Nunca! ¡Dios me protegerá!

En aquel instante apareció el Jorobado, venía a librar a Esmeralda. Ante su aparición, Jhean sacó el puñal y lo hundió en el cuerpo de Cuasimodo. Pero aun tuvo éste fuerza suficiente para apoderarse del infame y arrojarlo desde la altura del campanario a la plaza.

La vida de Cuasimodo iba extinguiéndose, al mismo tiempo que el capitán encontraba

a Esmeralda y la estrechaba entre sus brazos, para no apartarse de ella más en la vida.

Y a medida que se apagaba el sonido de la campana, que para Cuasimodo doblaba todavía, se iba extinguiendo lentamente la vida del Jorobado, pobre ser nacido para escarnio de los demás, y a los que él correspondió con su desprecio, hasta encontrar a una persona que fué buena y compasiva para él, a la que pagó, con su vida, única cosa que podía ofrecer: la deuda de gratitud que había contraído.

FIN

PIDA el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos

EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales • LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

5

Han sido los exitos de la Cinematografía

EL DESFILE DEL AMOR (4.^a edición)

BEN - HUR (3.^a edición)

LOS NIBELUNGOS (2.^a edic. agotada)

EL SIGNO DEL ZORRO (4.^a edición,

LOS DOS PILLETES (3.^a edición)

Y TODOS HAN SIDO EDITADOS POR

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Pida hoy mismo el Catálogo General que se remite gratis a
Biblioteca Films Apdo 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de franqueo. Remitan cinco céntimos
en timos para el envío. Franqueo gratis.